

ca del agua: á propósito de agua, la vista de la cascada no había adelantado aquel día más que los anteriores: en la mañana, el sol estuvo muy ardiente; después llovió y Alberto se vió precisado á refugiarse en la choza inmediata, cuyos moradores no le hablaron de otra cosa que de la caridad de Amelia.

A todo esto, Amelia no contestaba al joven con su alegría y viveza habituales: Advirtiolo Alberto y, viendo más detenidamente el rostro de su interlocutora, la dijo:

—Usted ha llorado, Amelia.

La joven se puso roja como una cereza; pero en aquel momento apareció Octaviana en el jardín, llamó aparte á Alberto y le habló durante algunos minutos.

Amelia, entretanto, deshojaba silenciosamente una flor, como la sonámbula de Bellini.

Cuando Octaviana acabó de hablar con Alberto, éste se despidió de ella y pasó á despedirse de Amelia, quien estrechó fuertemente su mano y correspondió á la melancólica mirada del artista. Tamerlan fué á acompañarle un corto trecho, haciéndole los honores de la casa. Al llegar Alberto al primer recodo del sendero, volvió el

rostro hacia atrás, vió que Amelia le seguía con los ojos, la saludó y se internó en el bosque. A semejanza de Adán, había sido desterrado del paraíso; pero Adán lloraba al salir, y Alberto era feliz al alejarse de la casa de Amelia.

VII

EL PROGRESO EN LA QUINTA

El compadre Márquez no fué admitido para yerno á causa de la decidida oposición de Octaviana; pero su idea de ensayar en la hacienda la aplicación de algunas de las teorías democráticas no fué echada en saco roto, si bien Gaspar quiso reservar casi toda la gloria para sí, dando á entender á Márquez que de mucho tiempo atrás había germinado en él la idea de convertir su hacienda en una especie de quinta-modelo, en que, á la vez que pudieran ser estudiados los métodos agrícolas, manufactureros y administrativos más modernos, se pusiesen en práctica los principios de la escuela política á que entrambos pertenecían.

Gaspar fomentó en su espíritu tal

idea, y la estudió y desarrolló con alegría pueril. El principal obstáculo con que tropiezan siempre los novadores y reformistas, viene á ser la voluntad del pueblo. Por mucho que ellos, valiéndose de una eterna sabiduría, demuestran teóricamente las ventajas de sus planes y proyectos, el pueblo, que entonces deja de ser soberano para convertirse en bárbaro, se obstina en no admitirlos. Muchas veces se le imponen, en nombre de su futura felicidad, mas el pueblo suele ser tan mal agradecido, que de un soplo hace desaparecer las innovaciones.—Aquí no había ese riesgo, Gaspar era dueño y señor de la hacienda y podía hacer en ella cuanto se le antojase sin que nadie tuviera derecho de quejarse ni de reclamarle. Había sido hasta allí un rey absoluto, como Luis XIV ó Federico el Grande; pero obedeciendo las leyes de la confraternidad y el progreso, iba á establecer una especie de constitución "octroyée," abdicando su papel de amo y no aspirando á otro honor que el de que le tuteasen los mozos de la finca. La política en tiempos de exaltación vuelve locas á muchas más gentes que el amor.

En vano trató Octaviana de hacer entender á su marido que sin duda ha-

bía perdido el seso, puesto que bajo el pretexto de reformas, iba á introducir un verdadero y espantoso desorden en la hacienda, destruyendo así el único medio de subsistencia de toda la familia. Gaspar mostróse sordo á todas las razones de su mujer, á quien habló poco más ó menos en estos términos:

—Toda mejora, ó reforma, ó innovación, halla en todo país resistencias más ó menos tenaces de parte de las clases privilegiadas, á quienes es preciso destruir para la felicidad común. ¡Atrás, mujer! Tú representas aquí las clases privilegiadas en la pequeña república que voy á hacer de mi hacienda: tú representas la familia del propietario, que engorda y se refocila á costa de las familias de los obreros. ¡No más privilegios! Quiero que en mi casa se ponga al fogón una olla de arroz, ni más ni menos que en la del último de los proletarios. Quiero establecer una completa igualdad. ¡Atrás, mujer! Cuidate de que la reforma no pase sobre tí y te aplaste al nivelar la sociedad.

Octaviana creyó sinceramente desde entonces que Gaspar había perdido el juicio, y aquella noche le encomendó á San Roque con todas las veras de su alma.

Gaspar era hombre activo y enérgico, y en él seguía instantáneamente el hecho á la idea. Con asombro del administrador, hombre de buen sentido y de inteligencia y práctica bien acreditadas en las cosas del campo, un sábado en la tarde, á la hora de rayar, convocó el amo á todos los trabajadores para que en la mañana del domingo siguiente, y después de oída la misa de precepto, á fin de invocar las luces del cielo, se reuniesen en una de las trojes á discutir el mejor medio de administrar la hacienda. No había en la mohosa cadena de la tradición, memoria de una cosa parecida; de consiguiente, tal disposición cogió enteramente de nuevo á los mozos, quienes se reunieron al día siguiente en la troje, en virtud de la obediencia debida al amo.

No hizo otro tanto el administrador, aunque también había sido citado, acaso para que fuese á representar á la nobleza en aquella especie de Estados generales. De algunos días atrás, el administrador notaba cierto extravío en los ojos de Gaspar y una marcadísima incoherencia en sus ideas. Gaspar, de seis meses á aquella parte, se había entregado en cuerpo y alma á la lectura de todos los sistemas socialis-

tas y comunistas, desde el origen y la formación del falansterio, hasta la teoría de la república universal, tan en boga en Francia á la caída de Luis Felipe de Orleans. En las telas confusas de su acalorada imaginación, Faurier y Saint-Simon aparecían como dos genios bienhechores de la humanidad, y comenzó por hacer fabricar dos bustos de yeso que representaban entrambos personajes, que fueron colocados sobre el estante de libros de Gaspar. Si como jefe de familia quería imitar al "padre joven," que describe Eugenio Sue, en "Martín el Expósito," como hacendado trataba de fundar un establecimiento que, á la vez que fuese la glorificación del trabajo, diese idea exacta, aunque en pequeño, de una república en pequeño. El administrador no veía claro en todo esto, y el día señalado para la reunión de los Estados generales, se dió por enfermo y no dejó la cama esperando que le fuesen á desengañar ó á confirmar en su idea respecto del trastorno mental del propietario.

Los mozos se reunieron después de la misa. Gaspar les repartió por sí mismo sendas tinajas de pulque para desterrar de ellos el natural encogimiento, y en seguida pronunció un elocuen-

te discurso que no entendieron los sencillos habitantes del campo. Haciendo lo que el pintor de Ubeda con sus cuadros, Gaspar, después de terminado su discurso, se puso á explicarlo á sus oyentes. De allí en adelante iban á ser enteramente iguales el amo y los mozos: cada uno de éstos recibía un trozo de terreno, á fin de cultivarlo por su cuenta, sin perjuicio de desempeñar sus anteriores obligaciones respecto de la hacienda. Los mozos quedaban en absoluta libertad de trabajar ó no: ya no habría castigos corporales, y el más insignificante de los peones podría ser alcalde de la rancharía y juzgar á Gaspar, puesto que quedaban abolidos toda especie de fueros. El administrador de la hacienda no podía emplear coacción alguna para obligar á los mozos al trabajo: cierto número de ellos compondrían un jurado, ante el cual se haría comparecer al administrador siempre que en el desempeño de su cargo traspasara la órbita de sus facultades legales, y las del jurado se extendían hasta deponer al administrador. Cuando éste lo supo, se dió por depuesto, y en el instante mismo ensilló su caballo y partió, sin despedirse siquiera de Gaspar, á quien había entregado cuentas la noche ante-

rior. Llevaron la noticia á los Estados generales y Gaspar la recibió con ira, aunque los demás la acogieron con aplausos. En el instante Gaspar inició y los mozos aprobaron la siguiente resolución:

“Queda abolido para siempre en la hacienda el cargo de administrador, como contrario á las libertades de los trabajadores.”

Calmada la ira, Gaspar se alegró á su vez, de lo acaecido, considerando que el administrador habría sido un obstáculo perenne á la realización de sus mejoras, y que la supresión ó abolición del cargo le iba á decir un ahorro de más de dos mil pesos anuales.

Propúsose con la mitad de dicha suma, fundar una escuela nocturna de artes y oficios, en que, además, se explicara á los mozos el catecismo de los derechos del ciudadano, dándoles una instrucción moral enteramente republicana. Inmediatamente hizo moción á este respecto y quedó aprobada su idea.

Entretanto, el jugo del maguey iba haciendo su efecto en las cabezas de los mozos, y como Gaspar observase que ya no guardaban la debida compostura, se apresuró á dar por disuelta

la reunión, aboliendo antes la costumbre que los trabajadores tenían de cantar el "Alabado" á la hora del alba y al terminar su tarea. Según se expresó Gaspar, los cánticos religiosos esparcen cierta tristeza en el ánimo, y los obreros, para trabajar con provecho, necesitan estar alegres antes que todo; de consiguiente, el "Alabado" podría substituirse con algunos versos del "Butaquito" ó de la "Tusa." Esta resolución, en concepto de Gaspar, constituía el primer golpe dado al poder del clero en su pequeña república.

Antes de retirarse á sus chozas, los trabajadores quisieron abrazar al amo y fraternizar con él. Fué aquel día para Gaspar el más feliz de su vida, incluso el de sus bodas y el del nacimiento de Enrique. Cuando ya había recibido cosa de cincuenta abrazos, asomaron á sus ojos algunas lágrimas de emoción, y sin embargo, no había tomado pulque.

El administrador iba ya muy lejos á la sazón. Octaviana y Amelia, encerradas en su alcoba, lloraban al saber la conducta de Gaspar, y el correo traía una carta de Enrique, en la cual éste manifestaba le habían fastidiado los estudios y que se hallaba resuelto á

presentarse en la quinta el día menos pensado. Además, pedía algún dinero para cubrir deudas de honor y los gastos del viaje.

VIII

ROMA DESARMADA Y VENCIDA

Por extravagante que haya parecido á nuestros lectores lo acordado en la primera reunión parlamentaria de la quinta de Gaspar, todo se llevó á efecto en el espacio de ocho días. Repartióse á los proletarios una gran extensión de terreno á fin de que hiciesen uso de él como de cosa propia. Quedó sin substituto el cargo de administrador y electo el jurado que iba á hacer en la quinta el papel de la convención francesa. Previéndolo ó intentándolo así, Gaspar se hizo nombrar presidente del jurado, cuyas atribuciones pocos días después llegaron á ser tan extensas, que se consideró ya del todo inútil la reunión de lo que hemos llamado Estados generales en el capítulo anterior.

Enrique, acosado por el temor del castigo, á causa de algunas calavera-

das hechas en México, se había vuelto á toda prisa á su casa, sin esperar á que le enviasen recursos, y fué puesto al frente de la escuela nocturna de artes y oficios, no para enseñar en ella arte ú oficio alguno, sino para dirigirla en general, y para regentear en particular la cátedra de moral, cuidando de la educación eminentemente republicana de los alumnos. Siempre en épocas de trastorno, sea en una quinta ó en una nación, resulta un antítesis perfecto entre las cualidades de las personas y los cargos ó empleos que desempeñan. Entregar la moral á Enrique equivalía á poner la virtud de la temperancia, bajo la protección de Baco.

Algunos trabajos, había habido en la semana para completar el número preciso de operarios, pues invocaban éstos en su favor uno de los primeros artículos de su código progresista, en cuya virtud nadie podía ser obligado á trabajar en caso alguno por ningún título. Al fin, amaneció el domingo, y como en los días anteriores habían llegado á oídos de Gaspar ciertas murmuraciones de los mismos proletarios, con motivo de que advertían desigualdad en el reparto del terreno, convocó á los miembros del jurado, á fin de

examinar á los quejosos y escarmentarles, pues, por regla general, mientras más ilimitada sea la libertad en cuyo nombre se ejerce el poder, más celosos de sus prerrogativas y de su infalibilidad son los gobiernos.

Reunióse, en efecto, el jurado, y del examen ó interrogatorio hecho á algunos de los descontentos, resultó que el cura y el juez de paz del pueblo inmediato, sabedores de la determinación de Gaspar relativa á convertir su quinta en una especie de pequeña república democrática, habían prorumpido en sinceras exclamaciones de admiración y de pena. El cura de quien acabamos de hablar, era el mismo que iba á dar misa todos los días de fiesta á la hacienda, y en cuanto al juez de paz, en calidad de antiguo veterano del ejército, mandaba la guardia nacional de la comarca, compuesta de unos cincuenta hombres; la quinta parte de los cuales, representaba el contingente de las posesiones de Gaspar. El citado juez acudía todos los domingos á oír misa en la hacienda, arreglaba con Gaspar uno que otro asunto judicial que había ocurrido en la semana, tomaba chocolate con él y se despedía á eso de las doce para ir á comer con su familia. Era el juez modelo verda-

dero del campesino honrado é ignorante, á quien se puede fiar un saco de polvos de oro, pero con quien no se puede tener tres minutos de conversaci3n.

Grande fué la indignaci3n de Gaspar al tener noticia de las exclamaciones vertidas por el cura y el juez con motivo de sus innovaciones en la hacienda. Veía simbolizado en el cura, hombre respetable y profundamente piadoso, el poder de la Roma cat3lica, esa eterna pesadilla de los reformistas, el cura representaba en su quinta el elemento sacerdotal, que, naturalmente, haba de oponerse á la anarquía, y Gaspar que se creía objeto de la vigilancia del Vaticano ejercida por aquel eclesiástico, y que hasta tena, al recordar sus expresiones vertidas contra el clero en el anterior congreso, ser llamado por alg3n concilio á dar cuenta de sus opiniones religiosas y ser quemado en seguida como Juan Hus ó Jer3nimo de Praga, se propuso dar al poder de Roma un golpe mortal, por vía de medida precautoria. Este golpe deba hacerse extensivo al ejército, porque en expresi3n de nuestro protagonista, las bayonetas y los solideos constituyen las dos columnas más fuertes del despotismo. Ahora bien, el lector conoce

rá que el elemento militar estaba representado en la quinta por el juez de paz, que, si bien ejercía el cargo de jefe de la guardia nacional, seg3n hemos dicho, era oficial retirado, y, en concepto de Gaspar, tena una ambici3n mayor que la de Alejandro el Grande, y muy bien pronunciada en su cráneo la protuberancia de las conquistas á mano armada.

Ya hemos indicado cuánto se disgustó Gaspar con motivo de las exclamaciones de aquellas dos personas, calificadas por él de enemigos irreconciliables del progreso. Trató de ir á afearlos su conducta; y calculando que el cura se estaría revistiendo á la saz3n para celebrar la misa, que el juez acostumbraba ayudarle, dirigi3se á la sacristía en uni3n de los mozos que componían el jurado. Al llegar á la entrada, Gaspar hizo señas á los demás para que se detuvieran, y se adelantó solo. Una espesa cortina de brin, corrida frente á la puerta, hacía que Gaspar no fuese visto de la parte de adentro, á tiempo que pasaba allí lo siguiente:

Octaviana y su hija, sabedoras de la llegada del cura, no esperaron á que la campana llamase á misa para dirigirse á la capilla, á fin de hablar con

el eclesiástico antes de que llegase la demás gente. Arrojábanse en sus brazos, llorando, sin que las contuviese la presencia del juez, á tiempo que Gaspar se ponía tras de la cortina á escuchar la conversación.

—¡Ay, señor cura, qué desgraciadas somos!—decía Octaviana.—Ya tendrá usted noticia de la nueva manía de Gaspar. Todo lo ha invertido y desordenado en la hacienda. El administrador se ha ido; los operarios se insolentan; no se ha vendido un solo tercio de azúcar en la semana, y ha faltado dinero para la raya. Como si los mozos no estuvieran bastante pervertidos, ha fundado una escuela que dirige. . . . ¿Quién le parece á usted que la dirige, señor cura?

—Será el compadre Márquez.

—No, sino mi hijo Enrique. Ha llegado de México, y peor momento no pudo haber escogido para venir. El ejemplo de su padre acabará por quitarle el poco juicio que le haya quedado.

—Pero, en fin, ¿cuál es la intención de su esposo de usted?

—Convertir la hacienda en una especie de república democrática, según él dice.

—Preciso es que haya mucho de extravío mental en ello.

—Eso es, padre, lo que nosotros nos decimos; pero al mismo tiempo que Gaspar acabará de perder el juicio, nos hundirá en la más espantosa miseria. Yo desearía que usted le hablase y le redujese á la razón.

—Temo que han de ser inútiles mis pasos; pero el darlos está en mi deber sacerdotal y, de consiguiente, los daré. Tan luego como termine la misa buscaré al esposo de usted para hablarle y. . . .

—Aquí lo tiene usted, exclamó Gaspar presentándose de improviso.

No fueron pocos el embarazo y la confusión que á los circunstantes ocasionó la idea de que Gaspar había estado escuchando su conversación. El cura, sin embargo, recobró su aplomo habitual.

—Puesto, le dijo, que ha escuchado usted nuestra conversación, oculto detrás de esa cortina, se me ahorra el prefacio á lo que tengo que pedirle en nombre de su familia, de la moralidad y bienestar de sus dependientes, y por último, de mis deberes de cura de almas, puesto que usted pertenece al número de las ovejas puestas por Dios á mi cuidado.

—No reconozco yo en usted jurisdicción alguna sobre mí, señor cura, y lo que veo claramente es que usted, en unión de mi esposa, de mi hija y del señor juez, que representa las tradiciones del despotismo militar, conspira aquí en las tinieblas contra las reformas que me esfuerzo en plantear. Mas, puesto que el elemento retrógrado arroja el guante al elemento progresista, yo, á nombre de este último, recojo el tal guante y me lanzo á la lucha. ¡Hola, señores jurados! ¡Entren ustedes!

Un tropel de mozos de diversos aspectos y edades, invadió la sacristía.

¡Ciudadanos! Aquí se conspira contra el pueblo. El fanatismo de las mujeres y el maquiavelismo de Roma disfrazado con una sotana, andan en juego.

Los mozos llevaban los ojos, azorados, de una á otra parte de la sacristía, buscando el fanatismo y el maquiavelismo.

—En circunstancias tan críticas, continuó Gaspar, es preciso obrar activamente; es preciso que ustedes reasuman en mí las facultades del jurado. ¿Se avienen ustedes á ello?

—Nosotros haremos lo que usted nos diga, señor amo.

—Pues bien, facultado debidamente por el pueblo, dispongo:

1º. Que tú, Octaviana, en compañía de tu hija, salgas inmediatamente de la hacienda y no vuelvas á poner en ella un pie, un solo pie; ¿me entiendes? Residirás en la ciudad, porque tú y tu hija representáis aquí la aristocracia, en todas partes enemiga jurada de la reforma democrática, y para llevar á cabo esta reforma, se debe comenzar aniquilando la aristocracia.

—Pero, Gaspar, ¿estás en tu juicio? Advierte que yo soy tu esposa y que Amelia es tu hija.

—No vacilaría en condenaros á muerte si así lo exigiese el bien público. Así eclipsaría la gloria de Junio Brato, y, como él, salvaría á la patria á costa de mi propia familia. Sigo disponiendo:

2º. Quedan abolidos todos los antiguos privilegios y prerrogativas, y el conocimiento de las causas de militares y sacerdotes pertenece al jurado popular.

De consiguiente, usted, señor juez, militar retirado, y usted, señor cura, quedan bajo la jurisdicción de este tribunal, por haber sido sorprendidos en flagrante delito de conspiración contra la república.

Supuesto lo dicho, el tribunal destierra á uno y otro perpetuamente de la hacienda.

—¡Ciudadanos!—añadió dirigiéndose á los mozos. ¿Qué os parece lo decretado?

—Su merced sabe lo que hace, señor amo, contestaron por unanimidad.

—El pueblo sanciona mis actos. Disuélvase por hoy la junta.

El cura y el juez se creían víctimas de una pesadilla y podían persuadirse de que toda aquella farsa pasara de una chanza de parte de Gaspar; mas al retirarse éste, Octaviana y Amelia les desengañaron, relatándoles minuciosamente las escenas todas de que había sido teatro la hacienda, de unos ocho días á aquella parte. Grande fué entonces la aflicción del sacerdote. Conocía que el cerebro de Gaspar se hallaba fuertemente afectado por la manía política, y que tal afección no era, en apariencia, bastante grave para cerrarle y ponerle en juicio, salvando sus propios intereses y conjurando así el funesto porvenir que física y moralmente hablando, amenazaba á la esposa y á la hija. Preocupado con tan tristes pensamientos y con la certidumbre que por entonces era imposible hacer cosa alguna en favor de aquellos

séres, cuya virtud conocía á fondo, y aun del mismo Gaspar, que á semejanza del caballero manchego, se había ahilado los sesos con sus lecturas favoritas, montó á caballo y se alejó de la hacienda en compañía del juez, ofreciendo á Octaviana encomendarla á Dios muy de veras en sus oraciones, que era cuanto estaba en su mano hacer.

En la misma tarde salieron la esposa y la hija para la ciudad, sin haber logrado despedirse de Gaspar, quien las envió una carretela para que partiesen.

Entretanto, algunas murmuraciones se hacían oír en los grupos de los proletarios y de sus familias. Por corrompida que esté la gente del campo y por mucho que se aparte de los pastores que sirvieron de modelo para sus églogas á Garcilazo y á Meléndez, no es insensible á los beneficios recibidos, ni deja de ver con respeto y cariño al cura que la asiste en los momentos solemnes de la vida. Octaviana y Amelia habían hecho no escaso bien á los trabajadores, curándoles en sus enfermedades, regalando ropa y algunos medios á sus hijos, é instruyendo á unos y otros en la lectura y en las prácticas religiosas más indispensables á to-

do cristiano. Así, pues, los campesinos comenzaron á preguntarse si el amo no era injusto ó extravagante al desterrar de la hacienda á seres tan inofensivos y tan buenos, como su esposa, su hija y el cura.

Tales murmuraciones amargaron á Gaspar las satisfacciones de la victoria y atribuyendo aquéllas á las influencias secretas del cura, que él llamaba pomposamente influencias de Roma, propúsose extirparlas de raíz por medio de un acto inaudito á cuya ejecución le animaron así Enrique y Márquez, como algunas docenas de copas de coñac, tomadas en la buena campaña de entrambos sujetos. Dijose allí que el mejor modo de acabar con el influjo sacerdotal, era despojar al clero de sus bienes. Sabe ya el lector que el clero de la hacienda consistía únicamente en el cura que iba á dar misa. Fáltale saber que los bienes del clero de la misma hacienda, consistían, en clase de inmuebles ó raíces, en la capilla, la sacristía y un pequeño cementerio, y en cuanto á muebles, en los vasos sagrados, ornamentos, imágenes, dos estantes y otras tantas mesas. Gaspar decretó, pues, que los inmuebles eran propiedad de la hacienda, cosa que nadie le había disputado,

y que los estantes y las mesas se adjudicasen al mejor postor. No hubo quien hiciese postura y, á fin de no quedar en ridículo, mandó que se regalaran á los proletarios más pobres; pero éstos no los quisieron recibir y fué preciso quemarlos.

Cerróse la capilla y quedóse Gaspar con las llaves. En cuanto á la sacristía, como en ella conspiraban Octaviana, Amelia, el cura y el juez, contra las reformas progresistas, mandó que jamás volviese á servir para su antiguo objeto, y que á ella fuese trasladada la escuela de artes y oficios.

Con semejantes providencias, ejecutadas al otro día, "Roma quedó desarmada y vencida" en la quinta de Gaspar.

IX

LO QUE SE SIEMBRA SE
COSECHA

Nada he visto yo que dé idea de un país en estado de anarquía, como la quinta de Gaspar, pocos días después de acaecido lo descrito en el último capítulo. Los proletarios se resis-